

SATANISMO, ROCK Y JUVENTUD

Ignacio Dobles O.¹

Hace algunas semanas un contingente numeroso y bien armado de las fuerzas policiales de nuestro país irrumpió en un concierto de "rock pesado" ("Cráneo Metal", según sus organizadores) que se llevó a cabo en una bodega de Quesada Durán. A raíz de este incidente, y de la detención de varios de los jóvenes involucrados, se desató una polémica en los medios de comunicación (noticieros, Programa "La Mira", etc.) y se generó una serie de debates públicos sobre los hechos, incluyendo uno organizado por la FEUCR en nuestra Universidad.

La incursión de las fuerzas policiales en este cuarto concierto de "Cráneo Metal", tuvo el paradójico efecto de "politizar" a un grupo de jóvenes que de manera alguna tenía previsto pasar a la palestra pública a defender sus actuaciones. Quiero aclarar, para no propiciar malentendidos, que entiendo "politización", en este caso, a la manera de Fernández Christlieb², que la define como el paso de lo privado a lo público. El evento en cuestión se realizó en un local cerrado, debidamente acondicionado para que no se presentaran daños a la propiedad, con permisos debidamente establecidos, y no fue objeto de una convocatoria al público en general.

No deja de llamar la atención, en un medio tan intolerante hacia lo "diferente" como el nuestro, cómo estos jóvenes defendieron sus posiciones, por más cuestionables que nos puedan parecer algunos de sus criterios, nada menos que ante el Gobierno, la Iglesia y los medios de comunicación masiva.

Me interesa presentar algunas consideraciones acerca de estos hechos y sus derivaciones, porque creo que revelan algunas tendencias muy preocupantes, de intolerancia y autoritarismo en nuestra vida social, y porque de alguna manera involucran una serie de cuestiones de gran interés relativas a, la juventud, el ejercicio de la autoridad y la forma en que se pretende defender determinados "valores". Sospecho, con aprehensión, que no será la última vez que presenciemos acontecimientos como los acaecidos.

Los principales actores en este incidente parecen ser, por un lado, los jóvenes, que fueron atropellados en una serie de derechos básicos (arrestos sin motivos, allanamientos de residencias, decomiso de literatura, ropas y discos) y, por otro lado, la Autoridad, con A MAYUSCULA, personificada en este caso por el señor Ministro de Seguridad Pública y de Gobernación, Lic. Luis Fishman, quien emitió la orden para que la fuerza pública interviniera ante una situación "que no se podía tolerar", de "uso de las drogas, pornografía y violencia". También han tenido protagonismo en los debates públicos, la Iglesia Católica, miembros de diversas sectas religiosas "de las que se preocupan por buscar a Satanás en todos lados", como expresara en un Programa de TV Monseñor Arrieta, músicos rockanroleros y organizadores de conciertos.

Recientemente, el Lic. Fishman ha denunciado la tarea a que se han dedicado "pseudointelectuales" ("aspirantes a intelectuales", es la terminología que utiliza) que protestaron por lo que consideraban métodos inquisitoriales por parte de la fuerza pública.³ El Lic. Fishman aduce que esta es una posición "cómoda", que se configura con el sencillo expediente de "poner etiquetas". El señor Ministro defiende su posición con la misma energía

1 Director de la Escuela de Psicología de la Universidad de Costa Rica.

2 Fernández Christlieb, P. (1987): "Consideraciones Teórico-metodológicas sobre la Psicología Política", en Montero M.: *Psicología Política Latinoamericana* Caracas, Edit. Panapo, 75-104.

3 Ver Semanario Universidad 3 de julio de 1992 .4.

y fuerza con que actuó contra los jóvenes "satánicos". Pero limitar el asunto a un reclamo desde las alturas del poder a la "blandenguería" que cree detectar el señor Ministro en quienes han cuestionado sus acciones es dejar impune una vez más el ejercicio del poder en nuestro país y no intentar entender por qué se presentan ciertos hechos y cómo encontrarles sentido a la luz de la totalidad social. El discurso de la "autoridad, la ley y el orden" es siempre maniqueo, y una vez planteado es difícil delimitar claramente los ámbitos de su aplicación.

El grupo de jóvenes que participó en el concierto (e incluso algunos que ni siquiera estuvieron ahí) fueron rápidamente estigmatizados, etiquetados, por algunos medios de comunicación y por autoridades. Para esto se recurrió al más elemental mecanismo psicosocial, dicotómico, absoluto, de separar al "bien del mal". Esta categorización, que no admite equívocos, ubicó rápidamente a "Dios" y al "Diablo", y de esta manera, los hijos de los vecinos, o los propios hijos, los colegiales o universitarios, dejaron de ser ciudadanos para convertirse en una especie de "monstruos" extraños, intrínsecamente perversos, cuyas casas podían ser allanadas, que podían ser denigrados en la vía pública, y cuyos discos, ropa y literatura, podía ser decomisada. El "imperio del mal" se trasladó esta vez a nuestros propios hogares. Por supuesto, una vez planteada la etiqueta básica, bastaba un paso para afirmar que TODOS eran "drogadictos", "violentos", etc.

En 1987, en unas consideraciones acerca de la situación centroamericana, Xabier Gorostiaga alertaba acerca de las consecuencias de una "satanización" de la política en el istmo⁴, y la inmovilidad que esto generaba en los esfuerzos de entendimiento y negociación política. Esta "satanización" impedía, a su juicio, posibilidades de diálogo, de comprensión, de entendimiento. En este caso, creo que de manera muy precipitada, se dio curso a una "satanización de la juventud", atribuyéndole a este grupo en particular intenciones y rasgos que difícilmente se sostienen.

De nuevo para evitar malentendidos: no hablamos ni de demonios ni de ángeles; si se dan episodios de uso de drogas, por ejemplo, es claro que se está violando la ley y que es deber de las autoridades intervenir. Eso no está en discusión. Lo que sí debe de llamar la atención es la violencia de un ataque generalizado y desproporcionado al grupo en cuestión, así como episodios claramente violatorios de derechos fundamentales de la ciudadanía.

Pocas semanas antes, en un concierto del músico nicaragüense Luis Enrique, se presentaron hechos sumamente agresivos por parte de un sector nada despreciable del público, que obligaron a suspender la presentación. Anteriormente se habían presentado incidentes similares en un concierto del grupo mexicano Garibaldi. Sin embargo, la reacción ante estos hechos por parte de la prensa y las autoridades fue tímida, si se compara con la que generó el "mosh" (baile de los jóvenes, en que se dan patadas) y las camisas negras que portaban...

¿Por qué tanto alboroto por un grupo de jóvenes "extraviados", que les gusta reunirse para bailar dándose patadas y para escuchar música tan extravagante? El caso que nos ocupa presentó la particularidad de que involucraba la presencia de imágenes, usadas por los jóvenes en su vestimenta, que destacan lo "tenebroso", lo "siniestro" (la muerte, calaveras, destrucción, etc.) y algunos símbolos dirigidos contra la Iglesia Católica. Por otro lado, involucraba una versión del rock, y algo hay en la historia de este género musical que ha provocado repetidas veces la ira de los "guardianes de la moral" en diferentes sociedades ...

Hace pocos años, recordaremos, el concierto de Amnistía Internacional, que se efectuó en el Estadio Nacional, dio lugar también a una campaña contra el "rock satánico", en la que participaron la jerarquía de la Iglesia Católica y algunos medios de comunicación. Creo que en ese momento esa

campaña tenía un perfil ideológico más definido, ya que de alguna manera Amnistía promovía o simboliza una posición en torno al conflicto centroamericano, "que no era del agrado de algunos sectores poderosos de nuestro país". Si salimos de nuestras fronteras podemos recordar cómo aquel Elvis Presley, que en los años 50 movía bruscamente la cintura, era considerado "escandaloso" y probablemente "diabólico". En los años 60, unas declaraciones de John Lennon (recordadas en una reciente "carta a la columna" de la Nación, a raíz de los incidentes que nos ocupan) dieron lugar a quema de discos por todo el "Bible Belt" de los estados sureños de los Estados Unidos, así como en otros lugares.

La protesta contra diversos aspectos del orden social siempre ha estado presente en diferentes versiones del rock, cobrando dimensiones inusitadas durante la guerra de Vietnam (recordemos, por ejemplo, a un Jimi Hendrix, entonando con su guitarra eléctrica una versión del Himno Nacional de los Estados Unidos, con sonido de ametralladoras, explosiones, etc.). Tal vez uno de los movimientos más significativos haya sido el de los "punks" ingleses a partir de 1977, que además de expresar la ira de jóvenes de la clase trabajadora británica buscaba, según los críticos, cerrar la brecha entre el artista y el público, volviendo al paradigma básico del rock and roll, que se encontraba en los conciertos y no en los estudios.

El rock es un género musical que alberga diversas expresiones y orientaciones, y que tiene una gran influencia en la juventud. De paso, creo que cabe hacer la observación de que éstos son fenómenos muy poco estudiados por nuestros científicos sociales. Así, para abandonar de una vez posiciones maniqueas, destaquemos que incluso existe hasta el "heavy metal" cristiano. Dentro de esta diversidad también existen manifestaciones de racismo, de odio, de verdadero culto a la agresión. No obstante, considero que hay que tener mucho cuidado con las generalizaciones, componente fundamental de los prejuicios y la intolerancia. En el caso que nos ocupa, una de las imágenes más curiosas que se presentaron al público fue una foto de la policía decomisando discos y ropa, en una tienda de San José. En el suelo aparecía un disco compacto del Grupo Queen, cuyo cantante principal, Freddy Mercury, víctima fatal del SIDA, fue objeto recientemente de homenajes multitudinarios en diferentes países. Esto ocurría, ¡Vaya cosa!, cuando al mismo tiempo, en el mismo diario, canciones del grupo Queen se utilizaban como mecanismo de promoción de una película presentada en un cine, y cuando canciones de este grupo se convertían de nuevo en favoritas en las radios comerciales. Algunos dirían, claro: "Ven, se trata de homosexualidad y otras perversiones", pero ese es el mismo discurso autoritario e intolerante que nos preocupa. Encuentro nada de "satánico" en la música de Queen.

El rock tiene sus raíces en el blues, en la música negra de los Estados Unidos, y como señala el crítico Simón Frith⁵, ancla por lo tanto su pasado en un género musical que destacaba la libertad del movimiento corporal, de lo sensual. El ritmo, el sonido, más que la palabra, se convierte en un elemento fundamental. Por otro lado, señala el mismo autor, el rock, en su forma más pura, apela a la "autenticidad": "estamos siendo nosotros mismos", "estamos divirtiéndonos a nuestra manera", destacaban algunos de los jóvenes "metalrockeros" ticos, en los debates públicos. Por eso creo que hablar del "contenido", de las letras de las canciones en estos casos, se vuelve algo superfluo, y buscar "mensajes escondidos" también. Sobre todo si tomamos en cuenta que muchos de nuestros oyentes no entienden el inglés en que se presentan

las canciones, al igual que muchos admiradores de la música de Michael Jackson, o si se quiere, Frank Sinatra. El día de mañana algunos de estos jóvenes "satánicos" estarán desempeñando (quién sabe) cargos públicos, tal vez incluso algún ministerio, o alguna cátedra universitaria. Por el momento han encontrado una manera de divertirse y tal vez protestar en conjunto, sin que yo sepa, tirar patadas para herir, como sucede con más de un "angelical" adulto en nuestros estadios.

No se trata, de manera alguna, de hacer apologías o de convertir en una especie de "héroes contraculturales" a quienes no tienen los méritos para ello. Al contrario de alguno de los ejemplos que hemos citado, estos rockeros no tenía intención alguna de formular críticas públicas, explícitas, al orden social. Creo, no obstante, que es necesario intentar entender los hechos en los términos en que se dieron, y lo significados atribuidos a los acontecimientos por los protagonistas de los mismos. A fin de cuentas, el "juicio" hecho a estos jóvenes, en sus fundamentos y mecanismos básicos, se parece bastante a las facturas que han tenido que pagar grupos que por sus posiciones o características diferentes, también han sido y son satanizados en nuestra sociedad.

Un tema que se ha traído a colación en este "debate" es el de la violencia. Pocos asuntos están tan ideologizados como éste, ya que remite necesariamente al asunto del poder y de la legitimación del mismo. El Lic. Fishman, en el artículo aparecido recientemente en el Semanario Universidad que ya hemos citado, expresaba que no podía dejar de actuar ante los hechos de "violencia" que protagonizaban estos jóvenes "satánicos". Esta sensibilidad ante la violencia parece ser selectiva. Basta encender la TV cualquier día de estos para evidenciar la cantidad de violencia que nos recetan los programas Made in USA, o los hechos que se resaltan en los noticieros nacionales o incluso la violencia y el sensacionalismo con que muchas veces se reportan estos hechos. Vivimos en una sociedad intrínsecamente violenta, en que aumenta la pobreza, en que gente es asesinada impunemente en las carreteras por "chiquitos lindos" haciendo piques, o en que "comandos cobras" rinden su macabro homenaje a la matanza que empezó hace 500 años. Ante esta realidad, no basta con hacer señalamientos selectivos.

Algunos de los jóvenes han planteado que se comportan como lo hacen para protestar ante la sociedad. Puede ser que en algunos casos esta sea realmente una respuesta consciente. En otros imperarán "modas", las influencias de "amigos" o simple y llanamente, la aculturación. Sin embargo, no deja de llamar la atención que el grupo de jóvenes "camisas negras", "satánicos", parece ser, relativamente compacto y unido. Si sus acciones no son protesta consciente de lo que ocurre en nuestra sociedad, sí son reflejo de la misma, aunque ésta se vuelva tan violentamente en su contra.

Así, nuestros hijos "satánicos" nos están diciendo algo acerca de nosotros mismos. No son los "punks" ingleses, ni las pandillas callejeras de Los Angeles, ni las que otrora florecieron en diversas ciudades latinoamericanas, generalmente entre la juventud pudiente, como lo ilustra Miguel Otero Silva en su novela "Cuando quiero llorar no lloro".

Sí, como lo señala el Profesor Helio Gallardo,⁶ el satanismo o las "malas costumbres" está en todos nosotros, debe tener forma de revelarse más interesantes que los oscuros hechos acaecidos en la bodega de Quesada Durán, y debe trascender la fugaz polémica entre el Lic.

6 Semanario Universidad, 3 de julio de 1992, p.5.

Fishman y los "metalrockeros". Sin embargo, los incidentes que hemos analizado, algo nos dicen acerca del poder y su legitimación. Por cierto, y para terminar: ¿ Alguien etiquetó de "satánicos" a los integrantes del Comando Cobra?.